

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 53
Extraordinario

La rosa de
Flandes



50 céntis.

Protagonista
RAQUEL MELLER

Revista Semanal

LA ROSA DE FLANDES

ARGUMENTO, EN FORMA DE NOVELA, DE
LA EXTRAORDINARIA PELÍCULA DEL MIS-
MO TÍTULO. — EXCLUSIVA DE «VERDA-
GUERO», CONSEJO DE CIENTO, NÚM. 290

PROTAGONISTA

Raquel Meller



BARCELONA
PUBLICACIONES MUNDIAL

BARBARÀ 15 - APARTADO 825

Corría el mes de mayo de 1572. Primavera, la más bella época del año. Perfume de flores y cantos de pajarillos; aire suave y acariciador que trae de la lejanía más perfumes y más ecos del canto de las aves. En los países del Mediodía, sol, que es un gozoso espectáculo; en los del Norte, grata sensación de que ya pasó el tiempo de las nieves, bellas pero que hacen la vida penosa. Primavera, época propicia, más que ninguna otra, para el amor. Los amores que nacen en primavera son los más fuertes, los más firmes, los más impetuosos, los más apasionados. Enamorarse en invierno es cosa fría; no hay amor más alegre que el que florece en mayo, como las rosas. Y si, por azares del destino, el amor que nace en primavera estuviese condenado a tropezar con obstáculos, todos sabrá vencerlos; atravesará por entre la desgracia con una firmeza y una serenidad avasalladoras.

En primavera tienen vida triunfante todas las más bellas cosas del mundo. El mes de mayo, todo él no es más que un largo poema: flores, frenético canto de pájaros, amor, aire perfumado, sol que acaricia.

En un día del mes de mayo comienza esta historia. En un día de ese mes, magnífico y florido, nace el amor que forma la cadena de dos vidas; por haber nacido en mayo es tan fuerte, tan seguro, tan heroico, el amor de estos dos jóvenes. La primavera lleva una fuerza a todas las cosas que nacen durante su transcurso, como para que resistan a los más duros y tenaces contratiempos.

Un día de mayo de 1572, en la histórica Puerta Vieja de Bruselas, lugar lleno de añoranzas y recuerdos, de leyendas y épicos relatos, evocador sitio donde queda huella imperecedera de tiempos que fueron, y del cual se hablará siempre como de uno de los rincones que guardan, entre sus piedras, más sugerencias de belleza, se habían congregado algunas gentes de la ciudad que charlaban de los acontecimientos de toda clase y naturaleza que ocurrían, henchidos de significados, llenos de lecciones históricas. La charla no era apasionada, pero sí en cierto modo vibrante; algún entusiasmo, no por completo disimulado, se advertía claramente en muchos de los que hablaban.

De súbito, apareció una vistosa cabalgata que avanzaba por el camino que conducía a la plaza principal. Lujo regio, caballos finos y ágiles, gentes extrañas; espectáculo, en fin, como de cuento de hadas, que aunque era real parecía maravilloso. De la cabalgata destacábase, de modo evidente y magnífico, una arrogante amazona que manejaba y dominaba, con singular maestría, un inquieto, vibrante, corcel andaluz.

Era Concepción de Plaga Serra, protagonista de esta historia de amor y de dolor, de firmeza y de fidelidad.

Bella criatura en la que la Naturaleza puso todas las galas que sea dado imaginar: gracia,

ingenio, belleza, elegancia, ímpetu juvenil. Mujer nacida para amar hasta el sacrificio, pronto iba a tener ocasión de poner en práctica todos los altos dones de su espíritu privilegiado.

Desoyendo la prohibición de su padre, don Ruy de Plaga Serra, procurador general de los Países Bajos Españoles, Concepción salió de su país para ir a dar un abrazo fervoroso al autor de sus días.

Nada le importó el saber que aquel viaje estaba rodeado de peligros. Era valiente, decidida, ímpetuosa. El temple de su alma, principalmente, era heroico. Corría siempre hacia lo que creía su deber sin el menor temor a nada ni a nadie.

Entonces creyó que su deber la empujaba a ir al lado de su padre, y allí fué, no sólo saltando por encima de la prohibición que éste le había impuesto, sino también ajena a todo peligro que pudiera acecharla, como segura de que, con su serenidad y su valentía saldría de él con toda fortuna.

Por otra parte, amaba tanto al autor de sus días, que ni aun ante un peligro cierto habría retrocedido en su empeño. Siendo el peligro sólo supuesto, mucho menos.

Ella no podía permanecer días y días, meses y meses, años y años, alejada de su padre. Le quería demasiado para sufrir con calma tal sacrificio. La separación es fácil para las personas que no quieren con pasión. Pero para las criaturas apasionadas es imposible. Se sufrirá una temporada, con harto dolor. Al fin, se correrá al lado de la persona cuya ausencia no puede soportarse.

Todas las gentes de Bruselas, curiosas, acudieron a presenciar el paso de la vistosa cabalgata.

Naturalmente, llamó la atención, en términos

admirativos, y casi por modo general, la bella y arrogante amazona.

Había, sin embargo, entre las miradas de aquellas gentes, algunas en las que era visible el odio. ¿Hacia ella? Seguramente no. Pero sí, quizá, hacia algo que ella les recordaba: el país desde donde llegaba. Es cosa corriente este odio al país dominador.

Concepción, al llegar, llevaba a la memoria de los habitantes de Bruselas, por si lo habían olvidado, la nación lejana que les tenía bajo su gobierno, contra la cual se habían rebelado una y otra vez.

Pero, por encima de este recuerdo, se impuso, en muchos momentos, durante el paso de la calbata, la admiración hacia la dama. Era que la belleza de Concepción dominaba por modo voluntario. Verla y no sentirse ajeno a toda cosa que no fuese admirar su gentileza y su lozanía, era casi imposible.

Algunos, los más sensibles a la idea de belleza, olvidaron por completo, en aquellos momentos, todo y todo odio. No tenían ojos nada más que para fijarse, con atención contenida, en la bella, arrogante, gentil amazona.

Ella, indiferente a los sentimientos que despertaba en su contorno, sólo iba pensando en el instante, que ya se acercaba, de abrazar a su padre. Verdaderamente, no pensaba en otra cosa. Ni se percató de la admiración que causaba ni del odio que, ante su presencia, podía verse, rápido, en algunas miradas.

Por abrazar a su padre emprendió aquel viaje lleno de peligros, sin temor a ellos ni a la fatiga de las jornadas interminables. Más de una vez su padre la había explicado todos estos inconvenientes,

nientes, en largas y cariñosas cartas, queriendo así poner freno a las juveniles exaltaciones de Concepción, dispuesta siempre a emprender el largo y penoso viaje.

Al fin, pudo más su pasión y su desco que los consejos de su padre, y marchó.

Ya estaba en Bruselas; ya recorría las viejas calles de la ciudad histórica, bella y llena de encantos; ya, manejando con destreza su inquieto corcel, nacido y criado en los amplios, soleados campos andaluces, se acercaba al lugar donde habría de abrazar a su padre, lo que con tanto fervor había deseado.

Recibimiento ruidoso tuvo Concepción. Grande fué el júbilo del buen procurador al estrechar entre sus brazos a su hija, único orgullo y consuelo que tenía en la espionosa misión que, en un país sometido por las victoriosas armas españolas, le había confiado el rey.

Después del primer abrazo, rápido y ferviente, tornaron a abrazarse muchas veces, con calma y cariño infinito. Y se miraban a los ojos. El procurador, con aquella mirada, daba gracias a su hija por haber ido a su lado, desoyendo todos sus consejos y advertencias de que no fuese. Le daba gracias sentidas profundamente, porque aquello era una prueba de cariño casi imposible de ponderar. Aunque quiso simular disgusto, no pudo. Su alegría era mayor que todo otro sentimiento.

Concepción, al mirar a su padre, parecía que lo estudiaba para averiguar si era feliz, si estaba contento de la misión que allí cumplía, si tenía hondas preocupaciones. Pero principalmente, lo que ella quería saber era si su llegada había proporcionado al autor de sus días la felicidad que ella suponía había de proporcionarle. Y al compren-

der, por la emoción de su padre, que sí era feliz con su llegada, ella se sintió contenta, alegre, extraordinariamente satisfecha de lo que había hecho.

Reinaba entonces en Bruselas una calma que hacía mucho tiempo no se conociera igual. El procurador había puesto, para lograr este propósito, y sin faltar a lo que el rey le confiara, toda su voluntad y energía. Satisfecho de este resultado de sus esfuerzos, y con su hija a su lado, se sentía feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre en tales circunstancias.

II

Mas, pronto hubo de trocarse en amargura, para el procurador, la alegría de tener junto a su corazón a aquel pedazo de su misma alma. Casi todas las grandes alegrías de los hombres son fugaces, humildes. Duran muy poco tiempo. Parece que el destino se complace en poner en cada vida porciones muy pequeñas y efímeras de gozo. Y esto, solo en breves períodos. Lo demás de la vida, se pasa bajo el tormento del dolor.

A los pocos días de llegar Concepción a Bruselas, acudó la calma que se advertía cuando su llegada, lograda por los buenos oficios de su padre con esfuerzos inauditos, contemporizando aquí, con honda comprensión del pueblo sometido allá, estudiando los conflictos que surgían por doquiera,



multiplicándose, haciendo toda clase de concesiones honrosas para acallar las rebeliones.

Sin embargo de esto, la calma acabó. Es cosa corriente que sólo acaben las rebeliones de los pueblos sometidos para, al poco tiempo, surgir de nuevo con más fuerza.

Así, a poco de la llegada de Concepción, comenzó a arder de nuevo en Flandes la insurrección y se fraguaban diariamente conjuraciones para acabar con la dominación, para derrotar a los vencedores.

De aquí la amargura del procurador. Temía por la vida de su hija. Estaba siempre inquieto, sospechando que pudieran hacerla víctima de un atentado. Y no vivía, porque aquello no era vida, ni descansaba. Sin su hija, habría procurado dominar sus sentimientos más íntimos, que eran de dolor por aquella lucha de todas las horas y de todos los días. Con su hija, se había olvidado de él mismo y de los infinitos peligros que le amenazaban. Sólo pensaba en lo que pudiera ocurrir a aquella hija tan querida. Temeroso de que la muerte se la arrebatara, su inquietud no tenía fin ni término. Sufría de un modo horroroso, el procurador. La amargura del peligro que corría Concepción, le hacía olvidar la fugaz alegría de los pocos días felices pasados cuando ella llegó.

Cada día, en las calles de Bruselas, ocurrían tristes escenas, luchas fratricidas. La rebelión cundía. Los dominadores se esforzaban por no perder su hegemonía. Y como eran dos fuerzas potentes frente a frente, cotidianamente perdían la vida muchas personas de uno y otro bando.

Cada mañana, a la hora del alba, se pensaba en el dolor que el transcurso de la jornada traería consigo.

En los más diversos y lejanos puntos de la ciu-

dad los rebeldes se aprestaban, se ponían de acuerdo, conspiraban. Era una lucha para la que todos, gustosos, ofrecían su vida.

Porque de vez en vez había períodos de esta intranquilidad continua, y esta cruenta guerra de todos los momentos, el procurador no había querido nunca que su hija fuese a Bruselas.

En aquellas horas, sentía doblemente que su hija hubiese ido a su lado y habría dado cualquier cosa por alejarla de nuevo. Nada deseaba más que la compañía de su Concepción, pero esto sólo cuando no hubiese guerra. Habiéndola, lo que deseaba con más fervor era el alejamiento de la joven, que se marchara al lejano país de donde eran naturales. Mas entonces era de todo punto imposible pensar en tal cosa. No había más remedio que continuar en Bruselas, expuesta siempre a ser víctima de una emboscada. Este pensamiento desesperaba al procurador. Mas, con desesperarse, lo único que conseguía era sufrir más.

Concepción, por su parte, al ver la insurrección, al presenciar cada día las tristes y lúgubres escenas de que eran teatro las calles de la bella y vieja ciudad, comprendía en absoluto el dolor de su padre y los motivos que había tenido para aconsejarte siempre que no fuera a su lado. Pero ya estaba allí y no podía evitarse el tormento diario del procurador. Al menos, ella, no podía evitarlos. Lo procuraba de todos modos, con una continuidad en sus atenciones y un cariño acendrado, en toda hora y en todo momento. Para lo cual no tenía que esforzarse, pues que estos sentimientos nacían de modo espontáneo en su alma.

Ella, por lo que a ella misma se refería, no tenía temor alguno. Se sabía tan incapaz de obrar mal, que no podía creer que obraran mal con ella. Ade-

más, como era valiente y decidida, tenía plena confianza en sí misma para defenderse de cualquier peligro. Ignoraba que no todos los peligros se presentan de frente, y mucho menos en tiempos de revuelta.

Lo que sí sentía, y de modo angustioso, era una compasión infinita hacia todas las víctimas, fuesen del bando que fuesen. Alma de mujer superior, no hacía distinciones entre los que morían. Todos para ella merecían el mismo delicado sentimiento. Y ante las escenas de que era escenario la ciudad entera, Concepción, noble joven, sentía herida su sensibilidad exquisita. Este era su dolor más profundo.

Si hubiera estado en su mano evitar todas las lágrimas, todas las habría evitado. Muchas veces, hasta pensaba, meditando largo rato, si no habría algún medio para acabar con aquellas cruentas luchas.

Distingúlese entre los rebeldes, por sus arraigadas convicciones y por la orgullosa ostentación que hacía de su odio al invasor, un joven de arrogante aspecto, guapo y simpático, llamado Felipe de Hornos, que era hijo del conde de igual título. Su padre, el conde, había pagado con la vida el fervor de sus convicciones. Murió defendiéndolas. Por eso el hijo ostentaba con orgullo su odio, que aunque antes lo hubiese sentido, después, naturalmente, había de sentirlo con más fuerza e ímpetu, pues que ya no sólo luchaba contra el invasor, sino también contra aquellos que dieron muerte a su padre.

Si Felipe de Hornos se hubiese puesto al frente de todos los habitantes de Bruselas y les hubiese arengado, ni uno sólo habría dejado de seguirle. Tal confianza tenían puesta en él. Claro es que esta confianza nacía de la tragedia ocurrida en su

familia. Aquel que pierde a su padre en una lucha, puede ser, por lógica natural, un excelente caudillo para combatir a las fuerzas que le dejaron huérfano.

La comprensión del significado de este episodio, de todos conocido, era lo que rodeaba de una aureola al joven Felipe.

Más él no tenía apetencia de mando; odiaba al invasor y estaba dispuesto a luchar contra él en toda ocasión y circunstancia, pero sin ponerse al frente de los otros que quisieran luchar contra el mismo enemigo. Cada cual que combatiera según sus propias energías y entusiasmos.

En cualquier sitio donde Felipe se hallara, hablando de los enemigos, un sin fin de gentes le escuchaban con fe y con atención, como bebiendo en sus palabras razones para la necesidad de rebelarse.

No se cuidaba nunca, fuese donde fuese donde estuviere, de ocultar sus pensamientos y sus sentimientos. Por esta razón, todas las autoridades españolas conocían su odio y su deseo de que acabara, cuanto más pronto mejor, la dominación. En las épocas de calma, no le perseguían. Pero en cuanto había el más insignificante conato de revuelta, en seguida le buscaban para encancelarlo, sabiendo cuán peligroso, para la causa de los que mandaban, podía ser aquel joven impetuoso y que contaba con tantas simpatías. El procurador estaba, naturalmente, enterado de todos los pasos, palabras y actos de Felipe de Hornos. En cierto modo, sabiendo que aquel muchacho no tenía ambición de mando, le preocupaba menos que a otras autoridades. Sólo le tenía con cuidado el pensamiento de que algún día pudiera sentir la tentación de ponerse al frente de los rebeldes. En este caso, Felipe sí habría sido un serio peligro. Pero mientras eso no ocurriera, no era nada más que un enemigo leal, pero solo,

que les odiaba con todo el ímpetu de su alma juvenil y apasionada, tanto porque eran extranjeros e invasores, cuanto porque habían dado muerte a su padre.

Al comenzar las revueltas, después de la llegada de Concepción, el nombre de Felipe estaba en todos los labios. Y el pensamiento de que podía ser un jefe excelente era acariciado en los cerebros de todos los que se habían rebelado.

III

Concepción conoció un día, estando de pasco por las calles de Bruselas, a Felipe de Hornos. En la imaginación meridional de la joven quedó grabada la imagen del noble flamenco, con caracteres imborrables. A toda hora, desde aquel día, el rostro lleno de simpatía del rebelde acudía a su mente. Empezaba a nacer el amor, que sería apasionado y fervoroso, dadas las altas dotes de su alma. A nadie se atrevió a decir Concepción lo que pensaba. Estaba segura de que se habría considerado disparatada la simpatía que había nacido espontánea en ella hacia aquel enemigo de su patria y, por lo tanto, de su padre.

Sin embargo, no podía desechár los pensamientos gozosos que se le ocurrían con respecto al joven Felipe. Le veía, como en sueños, en todos los instantes de su vida. Y empezó a comprender que su existencia iba a comenzar un derrotero nuevo, quién

sabe cuán lleno de obstáculos, de dolor, de pena, pero también de alegría y de gozo.

Procuraba con mucha frecuencia quedarse sola, para pensar con toda libertad en el joven flamenco que de modo tan grande le había interesado.

A poco de comenzar la rebelión, las autoridades españolas, de las que era figura muy alta su padre, procuraron sofocarla. Al efecto, hicieron infinitas detenciones. Las cárceles de Bruselas se llenaron de rebeldes.

Un día, Concepción presencié el arresto de gran número de conspiradores. El aspecto de todos ellos, hombres en cierto modo tranquilos, mesurados, y que si conspiraban era por un fuerte impulso de deseos de libertad, movió a generosidad su humanitario corazón, que no comprendía por qué los hombres habían de ser unos enemigos de otros con tal saña y furor. Tanto se preocupó de todos ellos, que desde aquel día no cesó de preguntar noticias y detalles de la causa que se les seguía, vivamente interesada en la suerte que pudiera caberles.

Su padre, ocupadísimo con los sucesos que se desarrollaban, no pudo advertir el cambio profundo que se había operado en la vida de Concepción. Aunque la veía con mucha frecuencia, su atención estaba fija en otros muchos asuntos y no se percataba de nada de lo que, de modo perfecto, podía leerse en el rostro de la joven, inquieta e intranquila siempre, atormentada por la desgracia que afligía a los conspiradores, especialmente pensando en Felipe de Hornos, que estaba entre ellos.

Cuando llegó el día que había de verse la causa, lo cual fué pronto, pues todo esto se hacía con rapidéz, Concepción, que ya no trataba de ocultar a todo el mundo sus inquietudes, logró que un capitán, afecto al servicio de su padre, valiéndose ella

de razones que siempre encuentra toda mujer enamorada, pudiera presenciar la vista de la causa. Y este capitán sólo fué al juicio, con expreso encargo de anunciar a Concepción, en cuanto ello fuera fijado, el resultado de la sentencia.

Ni el procurador, que hubo de dar el permiso al capitán, ni el capitán mismo, sabían el por qué de aquel interés de Concepción. Ya hemos dicho que toda mujer enamorada encuentra siempre razones poderosas. Concepción las encontró y sin dejar adivinar el por qué de su deseo de saberlo todo. Suprema maestría de toda mujer. Concepción, además, ya lo hemos dicho, era muy ingeniosa. Encontró recursos sobrados en su ingenio.

Mientras la causa se celebraba, Concepción, sola en sus habitaciones, se arrodilló ante una Virgen e imploró perdón para los conspiradores; lo imploró señaladamente con fervor y vehemencia para el noble flamenco, para Felipe de Hornos, para el hombre que, hablando consigo misma, tenía que confesarse que ya amaba.

Cuando aun continuaba ante la imagen religiosa, implorando con toda fe, oyó tres golpes de alabarda dados en la puerta de su estancia. Era la señal convenida con el capitán. Aquellos tres golpes le indicaban que los rebeldes habían sido absueltos. Sonrió gozosa. Toda su alma sonreía. Su rostro, bellissimo, parecía iluminado por aquella sonrisa.

Felipe de Hornos había sido absuelto; tenía sobrados motivos para sonreír.

En seguida, ligera y presurosa, acompañada por su dueña, que se llamaba doña Pepita, se dirigió a un mirador de su palacio, desde donde, con suma facilidad, podría divisar el paso de los libertados.

La verdad es que habían sido libertados, más



que por ninguna otra causa, por la clemencia del procurador, padre de Concepción, el cual no quería nunca acabar las cosas en tono de severidad, sino con modos de comprensión. Más de una vez los Países Bajos habían vivido largos períodos de calma debido a esta manera suya de gobernar.

Pero los actos de clemencia del procurador empezaban ya a causar disgusto al rey. Y precisamente en aquella ocasión le había ordenado el monarca que fuese severo al juzgar a los sublevados. Sin embargo de esta orden, el procurador no supo condenar. Esperaba tranquilo el castigo que por aquello le impusiera el rey. Si hubiera sabido lo feliz que había hecho a su hija con aquel acto, lo habría dado todo por bien empleado y se habría sentido más satisfecho aún de lo que estaba, y, la verdad, lo estaba mucho, porque era un hombre de buenísimos sentimientos y de recta conciencia.

Concepción, ya en el mirador, vió pasar a los libertados. Y su mirada, inflamada de piedad por todos y de amor para el que, para ella, era más simpático que todos, se posó, por último, en éste, en el amado, en el joven Felipe de Hornos, que, a sus ojos, en aquel momento, tomó el aspecto del mártir bello y desgraciado. Sabido es que siempre halla albergue en el corazón de la mujer el hombre rodeado de una aureola así. Felipe de Hornos, que ya reinaba, sin saberlo él, en el corazón de Concepción, en aquel momento reinó aun más soberanamente.

Concepción, después de aquella larga mirada, tuvo un gesto, como suyo, noble y generoso... Una *rosa de Flandes*, que había arrancado con sus propias manos, fué lanzada por ella hacia el libertado, como presente afectuoso. La *rosa de Flandes* cayó a los pies de Felipe de Hornos, probando plena-

mente a ésta que no llegaba el odio al corazón de la joven española.

Y él también, noble y afectuoso primero que ninguna otra cosa, olvidó la procedencia del galante obsequio, es decir, olvidó que venía de una española y que él era flamenco, para pensar solamente en que él era un hombre y la flor venía de una mujer, que es como lógicamente debe pensarse en estas cosas, pues que para el amor ni hay razas, ni fronteras, ni enemigos.

Felipe de Hornos, en el instante que transcurrió desde que la rosa cayó a sus pies hasta que la hubo recogido, instante breve, se vió asediado por toda clase de pensamientos contradictorios. Ya con la rosa en sus manos, dudó, vaciló, estuvo indeciso breves momentos, sin saber qué hacer. El envío de la rosa era demostración clara de que la joven española no le odiaba. ¿Podía él odiarla? ¿Debía odiarla? ¿Era lógico que la confundiera en su odio a todos los españoles? A estas preguntas que él mismo se hacía, breves y atormentadoras, no sabía qué contestarse. Al fin, como hemos dicho, dada su nobleza y su cualidad afectuosa, olvidó que la rosa le había sido arrojada por una española y pensó en que el obsequio, primero que nada, era de una mujer.

De acuerdo con este pensamiento, el más natural de todos, estampó un beso de gratitud en la flor, y después, convertida en perfumada mensajera de amor, la devolvió a Concepción con un arrogante ademán.

Entre la joven española, asomada al mirador, y el noble flamenco, recién libertado por la muda comunicación que a ambos llevó la *rosa de Flandes*, bella como toda flor, quedó fijada una naciente relación, promesa segura de amor para el

futuro. Concepción, por su parte, ya sentía el amor. Felipe, ante el gesto de ella, tan afectuoso y tan espontáneo, también comenzó a sentirse enamorado. No era para menos. Recibir tan alta prueba de consideración de una joven del país al que odiaba, cosa que la joven, sin duda—pensaba Felipe y con acierto—no debe ignorar.

Así, por mediación de la rosa de Flandes, quedó tendido entre aquellas dos almas un hilo invisible, un hilo de esa naturaleza misteriosa que son los hilos que unen para siempre a una pareja, hombre y mujer, sean del país que fueren y por mucho que los intereses de esos países intenten impedirlo.

IV

Mas, cuando las relaciones de dos pueblos son tan tirantes como lo eran entonces las de los Países Bajos y España, que era dominadora, es difícil que puedan emprender feliz camino unos amores como los que querían nacer entre Concepción y Felipe. No es dable entonces obtener la felicidad sin antes sostener por ella ruda lucha. ¿Cómo iban a poder conseguirla estos dos jóvenes, tan separados por causas múltiples?

Concepción pensaba, desde que volvió a recibir la perfumada flor, ya besada, en ello. ¿Qué sorpresas le reservaría el destino? También Felipe se alejó de allí, entre sus compañeros, con el pensamiento fijo en la bella española. ¿Cuándo vol-

vería a verla? Hasta pensaba, con honda pena, que sería probable que no la volviese a ver.

Por aquellos días, don Fernando Alvarez de Toledo, gobernador de los Países Bajos Españoles, célebre guerrero, célebre hombre de Estado, representación perfecta de la nobleza española de aquel tiempo en severidad, en seriedad y en altivez, que acaso por el terrible cometido que había de llevar a cabo en el país invadido se veía obligado a ocultar sus mejores sentimientos bajo la férrea armadura de la severidad que las circunstancias exigían, quiso testimoniar su admiración por la hija de su procurador general, la encantadora Concepción, dando en su palacio una fiesta esplendorosa.

Y lo fué, en efecto, esplendorosa la fiesta. Y fastuosa y regia. Los salones, amplios y decorados con gusto noble, refulgían. Nada de lujo advenedizo. Todo serio, grande, imponente.

Damas de alta alcurnia daban a la fiesta encanto singular. Los frutos del ingenio de aquella pequeña corte, volaban, durante la fiesta, de grupo en grupo, provocando sonrisas hijas de inteligencia y de comprensión.

Capitanes, curtidos por las batallas, encontraban allí momentos de descanso grato para su rudo batallar. Y decían también frases, no sólo de galantería para las damas, pero también de admiración, y de encanto por todas sus prendas, tanto morales e intelectuales como físicas, que de todas estas cualidades eran poseedoras, por modo relevante, la mayor parte de ellas.

Sobresalía, entre todas las damas, por su belleza, por su gentileza, por su lozanía y por su gracia plena, Concepción, la festejada principal. Hasta las mismas damas le rendían pleito home-

naje, sin el menor asomo de envidia, tan corriente en otros casos.

Los capitanes se desvivían por complacerla. Y eran finas y del mejor gusto todas sus galanterías.

Don Fernando Alvarez de Toledo se mostraba satisfecho de la fiesta que había organizado en honor de tan bella y preciosa joven. Tuvo para ella frases de alta consideración y de admiración rendida. En verdad, el gobernador, susceptible de apreciar toda cosa bella, supo ver la belleza, tanto física como moral, de Concepción.

Pero el más satisfecho de todos era el procurador, padre de la joven festejada. Ver a su hija tan atendida de todos, le llenaba de orgullo. Y hasta le hacía olvidar, siquiera fuese por breves momentos, la amargura que le atormentaba de continuo, cuando pensaba que, dado el estado del país en que vivían, podía ocurrirle alguna desgracia a aquel amado pedazo de su alma. Este pensamiento, que no le dejaba vivir ni reposar con calma, desapareció en aquellos momentos felices de su mente. Sólo cabían en ella ideas gratas, viendo cómo todos los asistentes a la fiesta daban muestras evidentes de aprecio, de estimación y de admiración hacia su hija; que era lo que más quería en el mundo.

Concepción no se sentía tan feliz. Le era grato verse tan festejada, naturalmente. Pero su pensamiento estaba lejos de la fiesta. Estaba en Felipe de Hornos, al que no había vuelto a ver desde el galante episodio de la rosa.

Atendía a cuantos se le acercaban con una sonrisa, contestaba a cuanto le decían, hablaba aquí y allá con los que tenían deseos de conversación, pero, sin embargo, no era completamente feliz.

La imagen del amado se le aparecía con frecuencia, sonriendo, como sonrió al devolverle con un ademán arrogante, la bella flor henchida de perfumes. Y ella entonces, en medio de cuantos le rodeaban tomaba una actitud extraña; parecía estar lejos, como enajenada; se dijera que soñaba.

Muchas de las personas que había a su alrededor, inteligentes e ingeniosas, notaron, más de una vez, esta actitud de la joven, por la cual parecía que estaba muy lejos de allí. Ignorando las causas de ello, no sospechándolas tampoco, supusieron que ello obedecía a que Concepción sentía nostalgia de la patria, de España, de la luz viva y gozosa de España. Y nada le decían. Porque todos, cuando aun hacía poco tiempo que estaban allí, también habían sentido esa nostalgia y esa añoranza, sentimiento inefable que pone tristeza en el alma.

Concepción, en verdad, sentía, con mucha frecuencia esa tristeza del recuerdo nostálgico, pero entonces no era ése el motivo de su actitud de enajenada. Era que pensaba sin cesar en Felipe de Hornos que se había metido en su alma y reinaba en ella soberanamente. Y como comprendía las mil dificultades que habían de oponerse a su amor naciente y ya tan poderoso, se apenaba, se entristecía, sufría calladamente.

¡Oh, si él estuviera en aquella fiesta! ¡Entonces sí que sería feliz, feliz del todo, feliz hasta el grado máximo que pueda imaginarse!

Pero nada había en el mundo más imposible que aquello que ella hubiese deseado. Felipe de Hornos, el hombre que más odiaba a los españoles, no podría nunca asistir a una fiesta como aquella, dada por el principal representante de los españoles. Ni tampoco ella, hija de una alta auto-

ridad española, podría asistir a una fiesta en la cual Felipe hubiera podido estar, la que, naturalmente, sería dada por enemigos de su padre, de su patria, quizá de ella misma. El dolor que estos pensamientos proporcionaban a Concepción le quitaba toda la alegría de aquella fiesta, dada en honor suyo.

Entre los principales invitados del gobernador, contábase don Luis de Zúñiga, enviado especial de Felipe II, rey de España, el cual quedó prendado, en cuanto la vió, de la belleza y airoso porte de Concepción. Durante todo el tiempo que duró la fiesta, don Luis de Zúñiga estuvo procurando hallarse a solas con la joven para hablarle de la admiración que hacia ella sentía, del grande efecto que le había causado su presencia, de la estimación súbita que había nacido en él para ella.

Al fin, logró su intento. Concepción había ido hacia un lugar apartado en el cual hablaban, con cierto calor, su padre y el gobernador. Aprovechando aquella circunstancia, don Luis se acercó a la joven y, con palabras vehementes, le declaró su amor, ofreciéndole su nombre y su fortuna.

Concepción no prestó gran atención a las rendidas frases de amor del caballero. Don Luis insistió; ella siguió sin prestarle atención, como si no le oyera.

La verdad era que estaba pendiente de la conversación que sostenían su padre y el gobernador. Y su corazón, oyéndoles, latía con una violencia inusitada. El gobernador recriminaba al padre de la joven por su excesiva indulgencia con los rebeldes. El procurador aducía las razones que tenía para ello, que eran, realmente, para un hombre severo, poco convincentes.

Concepción les escuchaba con atención conte-

nida, pero procurando que nadie se diese cuenta de que escuchaba. Hacia esfuerzos inauditos por disimular su emoción, por hacer como que estaba indiferente a cuanto la rodeaba. Si don Luis de Zúñiga no hubiese estado rendido por el amor, habría comprendido lo que pasaba en el alma de la joven.

La conversación de su padre con el gobernador continuaba. También don Luis seguía diciendo a Concepción palabras de amor, que ésta, la verdad, no oía. Si oía, en cambio, y con dolor, las palabras severas del gobernador, el cual censuraba al procurador, de manera particular, por haber liberado al conde Felipe de Hornos, jefe de la conspiración. Al oír este nombre, Concepción estuvo a punto de gritar. Se dominó, con un esfuerzo supremo de su voluntad. Y puso más atención a las frases de la mayor autoridad española allí, que seguían, rápidas como órdenes.

El procurador dijo alguna otra cosa, para justificar su acto. Eran sus razones mesuradas, comprensivas. Pero de nada sirvieron. El gobernador le ordenó, por último, que don Felipe de Hornos debía ser preso nuevamente, en cuanto terminara la fiesta.

V

Poco después terminó la fiesta. Hasta que esto ocurrió, desde poco antes, cuando tuvo ocasión de oír la orden del gobernador referente a Felipe de

Hornos, Concepción no había gozado ni de un instante de tranquilidad. Estaba atormentada por las más diversas impresiones y andaba por entre los demás invitados como una sombra, sin verlos y sin oír lo que decían.

Cuando la fiesta hubo terminado, pareció calmarse, pero con visibles muestras, sin embargo, de una gran inquietud. Se advertía también, en su rostro, que pensaba llevar a cabo alguna acción extraordinaria.

En efecto, conociendo, por la orden del gobernador, el peligro que amenazaba a Felipe, es decir, al hombre que amaba, se dispuso a advertirle de ello. ¿Cómo? Este plan era el que meditaba en su aparente reposo. Al fin, encontró, en su mente, el medio.

Y poco después, vestida como una aldeana flamenca, corría a prevenir a Felipe de Hornos del peligro que se cernía sobre su cabeza.

Tan decidida iba, que no pensó, ni por un instante, en que pudiera oponérsele ningún obstáculo. Serena y como segura de sí misma, llegó hasta la casa del noble flamenco, en la cual penetró sin dudar ni titubear. Y ya dentro, adujo tal acopio de razones, que logró que los criados despertaran a Felipe, el cual, naturalmente, dadas las altas horas de la noche que eran, descansaba en sus habitaciones.

Ante la insistencia de los criados, prueba, aunque pálida, de la insistencia de Concepción, el joven se levantó, se vistió y salió a ver por qué, a aquella hora, le buscaban con tanto interés, y una joven precisamente.

Ya ante Concepción, a la que no reconoció, ni era fácil que nadie hubiera reconocido, tan transformada estaba, Felipe de Hornos, intrigado, quiso

averiguar el motivo oculto de aquella inesperada visita, suponiendo, claro está, que la presencia de aquella joven en su casa tenía oculta significación.

A las preguntas inquiridoras de Felipe, Concepción sólo contestaba que había ido a avisarle para que huyera, enterada de que aquella misma noche habían de ir a prenderle de nuevo.

Felipe agradecía aquel interés, pero quería saber el por qué una joven a la que no conocía se interesaba de modo tan señalado por él.

Concepción, contenta de no haber sido reconocida, lo cual facilitaba el plan que se había trazado, insistía en sus primeras palabras, añadiendo solamente que daba aquel paso porque se lo ordenaba su corazón. Y ocultando su personalidad, lo cual ya le era fácil, pues que no sólo no la habían reconocido, sino que ni siquiera se sospechaba quién pudiera ser, añadió:

—¿Quién sabe si algún día podré deciros mi nombre!...

El diálogo entre los jóvenes fué desde este momento, cordial. Felipe estaba ya seguro de que aquella joven, fuese quien fuese, le quería bien, y de que no había, detrás de sus palabras, ninguna anagaza.

Si Felipe se hubiese fijado bien en los ojos de la joven que le hablaba, la habría reconocido en seguida. Porque eran unos ojos inconfundibles. Eran los ojos que de modo tan vehemente le habían mirado cuando él besaba la flor! Mas el joven estaba demasiado preocupado y, naturalmente, no podía darse cuenta de esto. Lo cual constituía una satisfacción para la hija del procurador, que de ningún modo deseaba que se descubriera, en aquel momento, su personalidad.

Le bastaba a Concepción, en aquellos instan-

tes, para ser feliz, plenamente feliz, la seguridad que ya tenía de haber salvado de la prisión a su amado. ¿Qué le importaba que no supiera él que era ella quien le salvaba? ¡Ya llegaría el día en que pudiera decirsele! ¡Y entonces, cómo se sentiría satisfecha de su acción! ¡Y cómo sabría él apreciarla!

Hablaron de nuevo, con cordialidad cada vez más acentuada. Y tan cerca se sentían el uno del otro, en aquella charla, que llegaron a olvidarse de todo, hasta del peligro que amenazaba a Felipe, motivo primordial de la presencia de la joven allí. De súbito, palideció el rostro de Concepción. Había oído el trote de los caballos que avanzaban hacia la casa de Felipe; venían a prenderle. Tan grata era la conversación, que no se dieron cuenta de que pasaba el tiempo. Ahora, ya era tarde para huir. Un pelotón de guardias había rodeado la casa. Imposible escapar.

Felipe aconsejó a Concepción que huyera ella. Mas la joven, creyendo segura la prisión del amado, con valor impetuoso afirmó que deseaba compartir su incierta suerte. Entonces el noble flamenco se dispuso a oponer resistencia desesperada a los que venían a buscarle. Trató de hacerse fuerte en su propia morada, entendiendo que su deber primordial, en aquella hora, era defender con su vida la de la joven que había ido a avisarle del peligro; la de la joven que había querido salvarle. Flaquear en ocasión como aquella, le parecía una cobardía indigna.

Pudo, pues, Concepción comprobar la nobleza verdadera de Felipe. Y, comprobándola, le amó más. Ya no habría en su pensamiento ni la menor duda en su amor. Lo había puesto en un joven por entero merecedor de ella y de su amor. ¿Qué inci-

ma alegría le proporcionaba todo esto! Hasta olvidaba, de tan feliz que era, el peligro que corrían ambos, la inminencia de morir, que se acercaba, si Felipe continuaba haciendo resistencia a los que venían a prenderle.

Juntos los dos, solos, casi, ante la muerte, en aquel instante sublime y angustioso, se miraron a los ojos. Una llama había en ellos: la llama del amor, fervorosa y encendida.

Los guardias se acercaban. Felipe se disponía a no dejarse coger por ellos. Concepción, con el gesto heroico que había en su bello rostro, le animaba a aquel heroísmo, desesperado y, sin duda, inútil.

Mas, súbitamente, los dos pensaron de modo distinto. ¿Morir tan jóvenes? ¿No sería esto quebrantar las leyes naturales?

Volvieron a mirarse. Y se comprendieron. Una confesión de mutuo amor, mejor adivinada que dicha, cambió el rumbo de sus intenciones. Concepción temió por la vida del amado. Felipe temió por la vida de ella, de la amada, de la amada, sí; la amaba sin saber quién era, la amaba con vehemencia, con fervor, con frenesí. Y este amor le aconsejó que no debía morir él, que no debía morir ella, que debían huir, escapar fuese como fuese. En Felipe, este pensamiento se hizo firme, inmovible, seguro. También en Concepción, pero la joven no acertaba a decir palabra. Tampoco Felipe hablaba, pero pensaba: «¿Para qué la resistencia? ¿Para qué morir? Mi deber no es morir, sino salvarme, porque mi vida tiene ya, desde hoy, un nuevo valor: ¡el puro cariño de ella! ¿Tengo yo derecho a dejarla sin mi cariño? ¿Puedo yo disponer de mi vida, que es suya ya y no mía?»

Era un momento de angustia y de sublimidad.

Sin dirigirse la palabra, los dos jóvenes, mirándose, sostenían un diálogo henchido de significaciones. Concepción, siguiendo con la mirada todos los movimientos de Felipe, se disponía a seguirle, fuese lo que fuese lo que hiciera. El advertía esta valerosa actitud de la joven y titubeaba, no sabiendo cuál era, en último análisis, su deber.

De afuera llegaba el ruido de los cascos de los caballos, al chocar en el suelo. Y los pasos precipitados de los guardias, que ya habían penetrado en la casa y buscaban al rebelde, tan noble y tan caballero en todas las peripecias de su vida. Allí estaba Concepción, que podría dar fe de ello.

La estancia en que ambos estaban, permanecía cerrada, como dispuesta para la resistencia que Felipe pensó un momento que debía oponer. Ahora, a medida que se acercaban los soldados, se iba desvaneciendo su pensamiento primero. En cualquier otra circunstancia, huir, no habría sido, para él, nada más que una cobardía. Pero ahora, ¿no era una cosa muy distinta? ¿No debía procurar salvarse y salvar a la amada? ¿Podía él ofrecer su vida tranquilamente, sabiendo que era tan amado?

En esta lucha de sentimientos encontrados, venció el amor. Y Felipe se dispuso a salvarse y a salvar a Concepción. Ella, que esperaba este final, sonrió al amado. Y le siguió para huir. Una luz gozosa brilló en los ojos de ambos. El amor se imponía. Las actitudes que, en cualquier circunstancia de la vida, parecerían bajas, cuando se originan del amor tienen un rango sublime.

VI

Un ardid sugerido por el mismo furor de los asaltantes, proporcionó a los dos enamorados una ocasión para huir.

Los guardias, en efecto, al ver que no se les franqueaban todas las puertas, temiendo acaso que Felipe no estuviese solo, entraron en gran número en la casa. Para esto, claro está hubieron de dejar, en la calle, solos a los caballos en que habían venido. Desde un ventanal pudieron verlo Concepción y Felipe. De aquí la facilidad de la huida. Era un ardid que, más que sugerido, fué ofrecido por los guardias.

Dejando las puertas de la estancia cerradas, fuertemente cerradas, para distraer a los asaltantes, Concepción y Felipe salieron de la casa por otro medio. Y aprovechando los caballos de los mismos guardias, a los que lanzaron a un galope frenético, hasta salir a las afueras de la ciudad, lograron burlar el peligro que les amenazaba, consistente en caer en manos de las fuerzas del procurador, es decir, del propio padre de Concepción, lo cual constituía acaso más peligro para ella que para el rebelde, pues sabido es cuán severos eran los nobles españoles para los asuntos de esta índole, ante los cuales no valía ni la influencia del mucho cariño. Mucho quería el procurador a su hija, pero de haberla encontrado en la casa de Felipe de Hornos, quién sabe lo que habría hecho con ella. Por

lo menos, ya no se habría sentido tan orgulloso como se mostraba de su descendiente.

Por esto, la que más se había salvado de un gran peligro era Concepción. Bien es verdad que, en el momento culminante, ella no había pensado en esto. Le importaba más, entonces, no desmerecer ante su amado. Por eso se dispuso a morir con él, si así estaba dispuesto por el destino, cuando los guardias llegaron a prenderle. Ahora, ya en las afueras de la ciudad, todo aquello había desaparecido en el pasado. Un pasado que, no obstante ser de momentos, parecía que fuese muy lejano.

Allí, lejos del peligro, volvieron a hablar. Y quedó sellado, en los labios juveniles de ambos, el juramento de no olvidarse jamás. En las frases que decían y en lo que callaban porque la emoción no les dejaba hablar, palpaba un amor verdadero, profundo, hondo, más fuerte que todo.

Por último, a instancias de Concepción, convinieron en tener, en lo sucesivo, frecuentes entrevistas. Pero con una condición expresa: que él no intentara saber quién era ella. El, sonriendo, prometió cumplir formalmente esta condición impuesta por la amada. No intentaría saber quién era la joven que de modo tan inesperado habíase convertido en su hada protectora. Se contentaría soñando con ella, pensando en ella, viéndola siempre bajo aquella apariencia de aldeana flamenca.

Pero todas las promesas fueron inútiles. Sin ninguna intención de quebrantarlas, la casualidad, que es muy caprichosa, había de venir a echarlas por tierra.

En efecto, cierto día, cuando sólo habían pasado unos cuantos, durante los cuales ni Felipe olvidó a Concepción, ni ésta pensó en otra cosa que no fuese Felipe, los acontecimientos colocaron de nue-



vo a Felipe de Hornos y a Concepción frente a frente. Y esta vez no pudo la joven ocultar su verdadera personalidad.

Atravesaba Concepción con su padre una plaza en la que se hallaban amotinados los rebeldes. El motín obedecía a ciertos impuestos que los naturales del país no querían pagar a los españoles.

Algunos de los amotinados reconocieron al procurador. Y olvidando que éste no era, en términos generales, un adversario de ellos, acordándose sólo de que se trataba de una de las más altas autoridades españolas, prorrumpieron en denuestos y amenazas contra él. La multitud gritó haciendo ruido. Y se fueron acercando, a medida que gritaban, al procurador, como dispuestos a llevar a cabo las amenazas que emanaban de sus gritos y denuestos.

Felipe de Hornos, que estaba entre los amotinados, se adelantó para ver la causa de aquellos gritos. Y reconoció, con sorpresa indescriptible, a Concepción. Entonces recordó el episodio de *la rosa de Flandes*. La mujer que le había arrojado la flor, la aldeana que fué a avisarle para que huyera y que había salido de su casa con él, al galope de los caballos, y la hija del procurador Ruy de Plaga Serra, eran una misma persona.

Un momento estuvo indeciso, sin saber qué hacer ni qué decir. Miró a Concepción, con todo el amor que hacia ella sentía, y vió en la mirada de la joven un amor tan firme, tan profundo, tan seguro como el suyo. Se estremeció de espanto por el final que pudiera tener aquella desagradable escena.

Concepción, advertida de que ya no podía ocultar su personalidad al amado, lo que quiso intentar en el primer momento, le miró fijamente con todo su cariño.

Felipe creyó ver en aquella mirada una petición

de ayuda para el procurador, en aquel trance apurado e imprevisto. Pero él, indeciso todavía, con el gesto, no en su interior, donde ya había tomado una decisión, continuaba absorto, bajo los efectos aun de la sorpresa que le había causado averiguar, de manera tan inesperada, quién era la mujer a la que amaba y de la que se sabía amado.

Los amotinados continuaban gritando denuestos al procurador, y amenazándole, a medida que se iban acercando a él. El procurador, sin temblar, seguía su camino, esperanzado de que no le ocurriría nada. No podía sospechar que le pagarán, matándole, las infinitas pruebas de benevolencia que había tenido con los flamencos.

Por la plaza y por todas las calles que a ella desembocaban, no se veía ni un solo soldado español a quien pedir ayuda para salir del paso. El procurador, fiando en sus buenas acciones, no llevaba nunca guardia. Se encontraba, pues, solo con su hija, que era su mayor cariño, a merced de los amotinados.

Y éstos, cada vez más animados, seguían gritando y amenazando. Se olvidaron de la causa de su revuelta, originada por los impuestos, y sólo pensaban ya en insultar a aquel alto representante del país invasor.

De este modo, una cosa que empezó por causas económicas, iba a degenerar en tragedia de la que acaso fuesen víctimas el procurador y su hija, indefensos ante una multitud indignada.

Sin embargo del peligro inminente, el procurador continuaba sereno, sin la menor prueba de temor, solamente dolorido por las palabras hirientes que le dirigían, en gran parte injustas, y amargado porque su hija presenciaba aquella escena tan des-

agradable y oía aquellas palabras tan molestas, como hijas de pasión y de cólera.

Por último, cuando el procurador vió que los amotinados se acercaban a él más de lo conveniente, con un gesto altivo se aprestó para defenderse del probable ataque. Fué un gesto noble, altanero, de hombre que, contra su voluntad, se veía obligado a dar aquel paso, que no le era grato.

Los amotinados, que hasta entonces no se habían atrevido a llevar a cabo sus amenazas, al ver que el procurador se disponía a defenderse, se acercaron más a él, sin dudas ya, decididos a todo.

Concepción, que sin temblar asistía a todo, al ver que su padre iba a ser atacado, palideció. Pero era visible que no estaba dispuesta a permanecer inactiva.

Cruzó una nueva, encendida mirada con su amado. Tal fuerza tuvo aquella mirada, que Felipe de Hornos salió de su estado absorto, de enajenado. Y rápido y con todo su ímpetu juvenil, se dispuso a poner en práctica la decisión que ya hacía rato, en el fondo de su ser íntimo, había tomado. Que no era otra que salir en defensa del procurador, no por él, claro está, sino porque era el padre de Concepción.

Concepción había ya rato que había adivinado que sería ésta la actitud del hombre a quien amaba. Y al comprobar que no la había engañado su razón, sintió un deseo de abrazar a Felipe, poderoso y vehemente. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para dominar su emoción.

Pero hubo de prestar atención a los sucesos que se precipitaban. La lucha era ya inminente, no podía evitarse. Felipe de Hornos, luchando contra sus amigos, salvó la vida al procurador, que salió ileso del accidente. En cambio, él, su defensor,

quedó mal herido en tierra. Había sido herido por sus partidarios. Un trozo de la plaza quedó manchado de su sangre generosa.

VII

Poco después, la mayor parte de los amotinados fueron detenidos. También hubiera sido detenido, al igual que todas las demás cabezas del motín, Felipe de Hornos. Pero medió en el asunto Concepción, que hizo valer, con seguridad y valentía, la calidad de herido de Felipe; de herido en defensa de su padre, del procurador. Y no sólo obtuvo que Felipe no fuese preso, sino que también logró permiso especial para atender al herido en su palacio. Tuvo que vencer grandes resistencias, pero las venció, sin titubear. Ante el gobernador y ante su padre, el cual no podía negarle nada. Y menos en aquellas circunstancias, pues él mejor que nadie sabía la noble actitud del noble flamenco en aquella ocasión.

En el palacio del procurador general, Felipe de Hornos fué atendido con cariñosa solicitud por todos, desde el primero hasta el último. Criados y damas, se desvivían por atenderle. Más que nadie, naturalmente, la propia Concepción, lo cual, de modo extraordinario, asentó en bases más firmes, incommovibles, el amor que ya los unía de manera tan señalada. Le trató también, con especial miramiento, el propio procurador, cosa que, ciertamen-

te, no esperaba Felipe. Su odio a los invasores no disminuyó, pero ya no podría, en lo sucesivo, medirlos a todos igual. Había advertido las diferencias esenciales que deben siempre tenerse en cuenta.

Ciertamente, el procurador era una alta autoridad española, y esta circunstancia le hacía merecedor de su enemistad. Pero al tratarlo, comprobó que era un gran hombre, noble en el verdadero sentido de la palabra, digno padre de la mujer que noblemente se había interesado por él, un enemigo, en diversas ocasiones.

Empezaba a pensar de modo muy distinto de como pensaba antes. El noble testó que el procurador le dispuso, modificó mucho sus ideas respecto a los hombres.

Concepción, durante su curación, no le abandonó ni un solo instante. Ni tampoco cuando la convalecencia. Hablaron poco de su amor. ¿Para qué hablar de una cosa tan firme y tan segura como era aquella? Las miradas decían más que todas las palabras pudieran decir.

Al fin, curado ya del todo Felipe, el procurador, después de haberle tratado como a un huésped y no como a un prisionero, le concedió la libertad, demostrándole así, una vez más, la nobleza de su carácter.

Claro es que, por el motín, Felipe no podía ser preso, pues que en aquella ocasión lo que él había realizado fue una acción loable y plausible. Y bien lo hizo valer con la energía de su carácter, Concepción. Pero es que, aparte de esto, Felipe era ya buscado para prenderle. Y se había escapado. Legalmente, pues, una vez curado, debía ingresar en una prisión, no por el motín, sino por las causas por qué anteriormente era buscado. El procurador lo sabía esto. Sin embargo, le concedió la libertad.

Y Felipe, que también sabía que, si no por el motín, por las otras cosas, según las leyes del invasor, debía ser preso, no dejó de comprender la nobleza del procurador, que de este modo le probaba saber apreciar en lo que valía la defensa que de él había hecho.

Nuevo motivo para modificar, y mucho, las ideas de Felipe, en particular, respecto al procurador, cuya actitud no cedía en nobleza a la suya. Hasta entonces, había juzgado a todos los españoles inferiores a él; ahora, meditando sobre ello, comprendía que, por encima de las causas que puedan separar a los hombres, hay ciertas cualidades que los igualan: la nobleza del carácter. El era noble; el procurador, también. Enemigos, pero leales, con nobleza.

Después de sus meditaciones acerca del proceder del procurador, comprendió mejor el carácter de Concepción. Y la amó, si ello es posible, más aún de lo que ya la amaba.

Desde su salida del palacio de la amada, libre del todo por disposición del padre de ella, Felipe apenas si tenía tiempo para pensar en los males de su patria invadida, cosa que antes ocupaba toda su vida y todos sus pensamientos. Ahora, en cambio, sólo pensaba en Concepción, ideando los medios de qué podría valerse para hacerla su esposa. No se le ocultaban las infinitas dificultades que bordeaban el camino que había de seguirse para llegar a aquel propósito. Y se desesperaba no encontrando en su mente ninguna idea rápida, factible, hecha en breve tiempo.

Como no tuviera ocasión de hablar nuevamente con la amada, crecieron sus inquietudes acerca de los obstáculos que se oponían a su felicidad, pues

ya sólo había de encontrarla en su unión con la bella española.

Todos sus partidarios se dieron cuenta de su cambio, de la total mudanza que se había operado en su carácter. Y aunque no llegaban a desconfiar de él, ya no tenían, como antes, tan absoluta confianza en su probable jefatura, la cual, si antes no la había deseado Felipe, ahora la deseaba menos.

Muchas veces, para tratar sus asuntos, los amigos de Felipe no le invitaban, ni tampoco a las reuniones en que se conspiraba. Así, sin intentarlo, se hallaba alejado de las luchas en que, en otro tiempo, tuvo tan relevante papel.

Por su parte, Concepción pensaba también, sin cesar, en cómo podría encontrar un camino fácil para la realización de su amor. Y no encontraba menos obstáculos que Felipe, a lo largo de sus continuas meditaciones. Se dolía de no ver al amado, pero no queriendo dar lugar a sospechas que acaso fuesen perjudiciales, sufría de la ausencia de él y no hacía nada por verle, no obstante desearlo tanto.

Esperaba que cualquier cosa imprevista facilitara un camino propicio. Estaba segura de que su padre, llegada la hora, no habría de oponerse a que fuese feliz. Pero no quería, de antemano, decirle nada. Sin una seguridad plena en el éxito, prefería callar. Y el silencio, para su alma tan llena de emociones, era una cosa penosa, casi insufrible. Sin embargo, lo mantenía con voluntad firme. Era aquella una prueba a que se sometía de modo voluntario. Su amor, tan grande, acaso hubiera de someterla a pruebas más terribles. Preparada ya por las que ella se imponía, le serían menos dolorosas las contingencias futuras.

Lo que menos podía soportar era no ver al amado. Poder charlar con él cada día habría sido

un regalo gozoso, que la habría fortalecido para resistir cualquier contratiempo. No viéndole, había ocasiones en que se sentía débil, en que advertía que su ánimo flaqueaba; sin embargo, no intentaba el menor paso para una entrevista. ¿Esperaba que lo diera él? ¡Quizás sí! Aunque, a decir verdad, no deseaba que lo diera, temerosa de las consecuencias.

Así las cosas, del seno de una conspiración de los rebeldes, llevada a cabo en medio del mayor secreto, surgió la idea de realizar un atentado contra la persona del procurador, contra el padre de Concepción.

Si Felipe hubiese asistido, como antes de ser herido, a los conciliábulos, se habría opuesto con todas sus energías a que tal cosa se realizara. Pero, como desde que salió del palacio apenas si estaba al corriente de nada de lo que hacían sus amigos, ignoraba lo que se había tramado.

Afortunadamente para el procurador, el día que se tomó el acuerdo de atacar contra él, asistía a la reunión de los conspiradores un hermano de Felipe, el cual, agradecido al padre de Concepción por la actitud que éste había observado con su hermano, se apresuró a ir al palacio de don Ruy de Plaga Serra para advertirle del peligro que le amenazaba.

Claro es que procuró ir sin ser visto, seguro de que si se descubría su acto sería considerado como traidor a la causa de los flamencos. En otro tiempo, él mismo habría juzgado el acto que iba a realizar como una traición, pero ahora, después de saber que su hermano había sido curado y atendido en la casa del procurador, y después de haber visto que éste, pudiendo prenderle, pues que le buscaban, lo había dejado en libertad, conside-

raha su deber más alto y más noble, avisar a aquel hombre del peligro que corría.

Y de acuerdo con su conciencia, obró. Se presentó ante el padre de Concepción, cuyos amores con su hermano ignoraba, y le previno de que debía ponerse en guardia si no quería ser asesinado aquella misma noche.

La noticia puso en conmoción a todos los criados del procurador y a todos los habitantes de su palacio. Don Ruy, acompañado sólo por su hija, esperó la hora en que debía llevarse a cabo la sentencia. Los guardias esperaban también, para prenderle, al hombre que fuera a llevarla a cabo.

VIII

Cuando todos esperaban, en la obscura noche, estalló una tempestad fragorosa. Llovía, relámpagueaba, tronaba. Alguien pensó que, habiendo sobrevenido aquella circunstancia natural, los conjurados no realizarían el atentado. La noche, en verdad, era poco propicia. Lucían demasiado, y con harta frecuencia, relámpagos deslumbradores. Cualquiera que fuese el que se aventurara a acercarse al palacio del procurador, sería descubierto por una de aquellas ráfagas de luz que, como de propósito, ofrecía la tempestad.

Sin embargo, esperaban. Tan seguras afirmaciones había hecho el hermano de Felipe de Hornos; tan minuciosos detalles había dado de lo que

se tramaba; tan concluyentes pruebas había aportado, que, no obstante la tempestad, y el obstáculo de la tempestad suponía para los que intentaran realizar el atentado, nadie se atrevía a insinuar la idea de que, dada la noche que había devenido, era inútil toda espera.

La tormenta seguía, cada vez más horrisona. Un trueno sucedía a otro y siempre el último era más fuerte, más seco, más cargado de electricidad. Los relámpagos, cegadores, resplandecientes, lo iluminaban todo casi de continuo; tan breve instante mediaba entre uno y otro.

A la luz brillante de uno de los relámpagos, Concepción advirtió que un embozado se acercaba al palacio. Como estaba junto a su padre, le previno de la presencia de aquel hombre. Por lo visto, a los conspiradores no les importaba la tormenta; no les importaba nada, para realizar su designio. Aunque Concepción estaba segura de que a su padre no había de pasarle nada, se inquietó. Quizá, en el fondo de su alma, tan bondadosa y tan incapaz de desear mal para nadie, aquella inquietud obedeciera a piedad por el desconocido que, por venir a matar a su padre, iba, sin duda, a encontrar la muerte.

Se pusieron de acuerdo ella y su padre para, antes de dar la orden de que fuese preso el hombre que se acercaba, procurar cerciorarse bien de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Y, al efecto, ordenaron que le fuera franqueada la puerta de palacio al desconocido. Y hecho esto, todos se ocultaron en la sombra, para no ser vistos y para observar así, con plena libertad, los movimientos del embozado.

El cual, ajeno a lo que ocurría a su alrededor, entró en el palacio, recorrió con seguridad la en-

trada y se encaminó, sin titubear, hacia donde estaban las habitaciones del procurador. En aquel momento, seguros ya los soldados de que intentaba penetrar en las estancias de don Ruy, se abalanzaron sobre el embozado y le detuvieron.

Concepción y su padre presenciaron la detención desde las sombras en que habían permanecido espiando y al acecho. Y no quisieron ir hacia donde tenía lugar la escena de la detención. ¿Para qué ver al desgraciado que había dado tan mal paso?

Mas los soldados, para salir con el preso, hubieron de encender antorchas. Y a la luz humeante de las teas, Concepción, estremeciéndose de horror, se dio cuenta de que habían entregado al verdugo, ella y su padre, a su amado, ¡a Felipe de Hornos!

En efecto, el embozado era Felipe de Hornos. Incapaz ya de resistir por más tiempo la tortura de no ver a Concepción, quiso aprovechar aquella noche de tempestad para intentar celebrar una entrevista con ella. Y de aquí su presencia en palacio.

La fatalidad se había interpuesto en su camino. Se le tomaba por el conjurado que había de dar muerte, de acuerdo con una sentencia dictada por los conspiradores, al procurador.

Bien inocente era de esto. Sabido es que ya no conocía, desde algún tiempo, los acuerdos de sus amigos. De haberlos conocido, no se habría aventurado a ir aquella noche a palacio. Fue porque nada sabía. En cambio, los conjurados, o el conjurado que hubiera de llevar a cabo la sentencia, temeroso de ser descubierto por la luz de los relámpagos, como ya habían previsto los que esperaban, no había ido. Mas, ¿le sería fácil a Felipe comprobar su inocencia?

Concepción, al reconocerle cuando encendieron las antorchas, se estremeció de horror, ya lo hemos dicho. Luego, desesperada, fuera de sí, no sabía qué hacer. Pasó, en aquellos momentos, por los más culminantes dolores que pueda sufrir una criatura humana. Sus ojos tomaron cierto estrabismo, como amargando locura. Sus labios, contrayéndose dolorosamente, tenían rictus de amargura y de angustia casi irresistibles. Todo su rostro, pálido hasta un límite extremo, daba prueba evidente del gran dolor que quebraba el alma y el cerebro y todo el cuerpo de la bondadosa y enamorada joven. Quería gritar y no podía. Quería llorar y las lágrimas no salían a sus ojos. Su dolor era más hondo que el que se descubre en lágrimas o en gritos. Sollozos que rompían su corazón subían de su pecho, entrecortados, atropellados, que ponían en su garganta una angustia muy cercana al ahogo. Se retorcia las manos para aliviar el tormento que había en toda ella. Cualquier herida física, en aquel momento, no la habría sentido. Erán superiores a todo dolor externo, su dolor íntimo, sus torturas morales.

No se atrevía a dar ni un paso; ni a pensar nada. La idea de que él iba a morir y de que ella había contribuido para que fuese entregado al verdugo, no le dejaba reposo para ninguna meditación. En cualquier otra circunstancia, en seguida, con su ímpetu, con su vehemencia acostumbrada, habría comenzado a ensayar un plan de salvación; ahora, en aquellos instantes, nada de esto se le ocurría. Finalmente, en el último límite ya de la desesperación, exclamó:

—¡Yo le he matado! ¡Madre de Misericordia, tened piedad de él!

Después de esta súplica fervorosa, pareció cal-

maese un poco. Y, con la calma, siquiera fuese breve, llegó la meditación.

Su rostro seguía pálido, sus ojos fijos en cualquier lejania; su cuerpo continuaba estreñeciéndose, pero en reposo, pasada ya la inquietud desesperada de la primera hora. Y como fruto de este reposo, y de la meditación que le siguió, volvióse a ver en sus ojos la luz brillante; sin duda, la encendía una esperanza. Una vaga sonrisa se dibujó en sus labios, hasta entonces contraídos. Y su cuerpo vibró, como por virtud de una fuerza poderosa nacida en lo más íntimo de él.

Era visible que Concepción había ya concebido un plan. Y que estaba segura del éxito. De lo contrario, no se habría transformado de modo tan ostensible. Si, no había duda, Concepción acariciaba una idea salvadora; estaba segura de librar de la muerte al hombre que amaba. El brillar de sus ojos, la sonrisa de sus labios, el ímpetu de todos los movimientos de su cuerpo, eran clara prueba de ello.

Pasadas las primeras impresiones de desesperación, al tranquilizarse, aunque ello fuera con esfuerzos inauditos, claro estaba que Concepción había de pensar en que ella, que tanto amaba a Felipe de Hornos, no podía dejarle marchar al patíbulo.

A la mañana siguiente, pues, si no después de haber descansado, que esto fué imposible para ella aquella noche, luego de haber meditado largamente, se encaminó a la casa de don Luis de Zúñiga, encargado que era éste de la prisión, decidida a pedirle un permiso especial para visitar a Felipe en su calabozo.

Don Luis la recibió con toda clase de atenciones. No la había vuelto a ver desde la noche de

la fiesta, en la cual le hizo declaración de su amor. Ahora, al verla de nuevo, y más bella que nunca por efecto del dolor que la había atormentado durante toda la noche, quedó doblemente maravillado. Y volvió a hacer su declaración. Concepción, claro es, no estaba para oír galanterías. Sin embargo, disimuló su disgusto.

Ella insistió en su petición. El volvió a hablar de su amor hacia ella. Naturalmente, hablando de cosas tan dispares, no se entendían.

Por último, con franqueza ruda, don Luis de Zúñiga dijo a Concepción que le daría el permiso que solicitaba si le hacía juramento de ser su esposa. Y Concepción, advirtiendo que, si quería ver a Felipe, no tenía más remedio que jurar aquello que le parecía absurdo, juró solemnemente.

Antes de esto, ¡cuántos tormentos nuevos sufrió su alma! Hubo momentos en que, de buena gana, habría abofeteado a don Luis. Le parecía poco caballeroso el papel que aquél estaba representando. Concepción olvidó, en aquel instante, que, cuando los actos obedecen al amor, todos tienen disculpa. Ella misma, ¿no estaba allí dando un paso inconveniente empujada por su gran amor? Pero el amor es egoísta y no comprende nada más que las propias acciones. Don Luis, ello es cierto, no se portaba entonces como un caballero, pero tenía la disculpa de que estaba locamente enamorado de Concepción.

Al fin, después del juramento que él arrancó porque amaba y ella hizo por igual causa—; y cuán diversos los motivos de cada uno!—Concepción obtuvo el permiso que deseaba.

IX

Pronta a irrumpir en llanto caudaloso, hijo de su profunda emoción, Concepción recurrió diversos pasillos de la cárcel, yendo hacia el lóbrego calabozo en que estaba encerrado Felipe. Antes de entrar en él, con un esfuerzo violento, logró dominarse, serenarse, aunque ello fuese sólo en apariencia.

Y al abrirse la puerta del encierro del amado, la voluntad de la joven estuvo a punto de acabarse. Un grito desesperado de amor iba a salir de su garganta. Con una poderosa contracción de todos sus músculos, lo evitó. Pero un estremecimiento, como de agonía, dió claras muestras de la honda tensión de nervios que aquel esfuerzo le había costado.

Serenóse, sin embargo. Y entró en el calabozo, con el alma pronta a quebrarse de pena. Felipe la recibió con una sonrisa de amor infinito.

Durante mucho rato se estuvieron mirando sin hablar. Ninguno de los dos acertaba a decir palabra; la emoción que los embargaba por entero era más poderosa que ningún otro sentimiento. Hasta aquel momento, no habían tenido ocasión de comprobar lo mucho que se amaban. Y al comprobarlo, no obstante permanecer en silencio, se advirtió en sus miradas, en sus gestos, el trance gozoso por qué pasaban, la alegría interior que aquello les proporcionaba, el contento de las por-



ciones más delicadas de su sensibilidad por la plena certeza de que su amor era tan grande, tan profundo, tan absoluto.

Escena muda pero cargada de sugerencias y de caricias que envolvían, encendidos, los ojos.

La belleza de Concepción, más noble desde que había sufrido tanto, iluminaba la lobreguez del calabozo; la simpatía de Felipe, tan intensa, irradiaba hacia todos los objetos que había en su contorno.

Al fin, rompieron a hablar. Concepción refirió todo lo que había sufrido desde que Felipe fué preso: todas sus dudas y vacilaciones; su dolor y su pena; el tormento y la tortura que no la dejaban ni un momento de la mano. Por último, su decisión de salvarle, costase lo que costase. Y el juramento que había tenido que hacer para obtener el permiso. Este era el primer paso penoso que había tenido que dar para salvarle. Y le salvaría.

Claro es que no hacía cuenta de cumplir lo jurado. Sin embargo, Felipe se quedó muy triste. Le parecía que podían obligar a Concepción a cumplir lo jurado y, entonces, ¿qué sería de él? Si esto había de pasar, ¿no sería mejor morir?

Concepción, con una mirada, le hizo comprender que no debía pensar en la muerte. Felipe leyó además, en aquella mirada, una firme promesa de Concepción: la de que sería de él o no sería de nadie.

Tranquilo ya por virtud de aquella mirada, Felipe habló de él; refirió cómo su presencia en el palacio del procurador no obedecía a ninguna causa criminal, sino al deseo de ver a su amada, que fué en él más poderoso que toda reflexión. Luego, habló de lo mucho que había sufrido al saber por qué se le detenía. Que se tuviera tal sospecha de

él, le dolía en lo más íntimo. Pues no era posible que él atentara contra la vida del procurador que, además de ser el padre de Concepción, motivo suficiente para estimarle, había dado a él mismo un trato y algunas muestras de nobleza que no merecían tal pago por su parte.

Las palabras de Felipe eran emocionadas y, por lo tanto, Concepción advirtió su clara certeza. Ya estaba ella segura de que lo ocurrido había sido lo que Felipe refería, pero al oírlo de sus labios su seguridad fué aún mayor. El tono de la voz del noble flamenno no podía ser simulado: era real, sentido. Felipe, después de conocer a Concepción, no podía dar muerte a su padre. Menos aún, cuando también había tenido ocasión de tratar al propio procurador y de ver, en ese trato, que era hombre muy digno y nada merecedor de que se atentara contra él.

Después de esta charla, en que ambos dieron clara prueba de la sinceridad de todas sus intenciones, Concepción se dispuso a llevar a cabo la segunda parte del plan que se había trazado antes de dirigirse a la prisión.

La primera parte era ver a Felipe. Ya estaba lograda. La segunda, hacerle salir de su calabozo. Empezó a trabajar para lograr este propósito. Pronto obtuvo lo que apetecía.

Con sus joyas, que eran muy valiosas, compró al carcelero. Este, tanto por la fortuna que le entregaba la joven, cuanto por saber que era la hija del procurador, lo cual creía él que habría de valerle mucho si se descubría su acto, se allanó a lo que Concepción le pedía. El propio carcelero, con habilidad singular, les facilitó la evasión. Salieron al aire libre y limpio de la calle, como en una gozosa resurrección.

Inútil el generoso empeño. Fué advertida la fuga y se emprendió una estrecha persecución. Cayeron de nuevo, poco después, en poder de los soldados enviados, con órdenes precisas, por don Luis de Zúñiga.

Felipe de Hornos fué entregado al tribunal para que lo juzgara con rapidez, en un a modo de juicio sumarísimo.

Durante la vista de la causa, con una entereza y una nobleza que dieron más valor aun a su carácter noble y altivo, al propio tiempo que vehementemente, apasionado y bondadoso, Concepción declaró que amaba a Felipe de Hornos y que él la amaba a ella igualmente; que fué el amor y no el odio el que guió los pasos del noble flamenco hacia el palacio en donde ella y su padre vivían; que no había ido allí a atentár contra la vida del procurador, su padre, sino a procurar entrevistarse con ella; que en nombre del amor, cosa más respetable que ninguna otra humana, pedía al tribunal que absolvié a Felipe de Hornos, inocente de lo que se le acusaba; que se tuviera en cuenta, más que sus actos inspirados por el odio a los españoles, los que había realizado en bien de ellos, entre otros, el salir herido en ocasión reciente por defender a su padre, al que, según la acusación, quería ahora matar. «¿Cómo es posible—terminó—que intentara llevar a cabo tal cosa contra un hombre del que poco ha salió en defensa? Felipe de Hornos no guarda rencor a mi padre. Al contrario, ha sabido comprender su nobleza. Condenarle por un crimen que no ha cometido ni pensaba cometer, es horroroso.»

A pesar de estas lógicas, nobles, sentidas declaraciones de Concepción, Felipe de Hornos, fué condenado a muerte.

Por la sala donde se celebraba la vista de la causa se extendió algo así como una nube densa de tristeza.

Concepción, con un gesto de impotencia ante el infortunio que se cruzaba en su vida, de modo tan cruel, miró a todos con una especie de terror. Le daban miedo los hombres que acababan de condenar a un inocente. Luego, les miró con altivez, como para hacerles comprender la enorme distancia que los separaba, sobre todo en nobleza, en bondad, en altas dotes espirituales.

Un momento, sus ojos se encontraron con los del condenado. El diálogo que se emprendió con aquella mirada, estaba lleno de significaciones ocultas y misteriosas. Era una despedida henchida de amor, de promesas. Felipe, en medio de su dolor, tuvo el consuelo de volver a leer en los ojos de Concepción la promesa segura y ferviente de que no siendo de él, no sería de nadie. Sonrió en trance tan doloroso. Era que su alma había quedado limpia de toda probable duda. Ahora moría con cierta serenidad. Además de las palabras que su amada había dicho ante el tribunal, tan llenas de amor para él, contaba también con aquella mirada, más llena aún de amor que sus frases.

Dirigió una última mirada a Concepción, como dándole vehementes gracias por todos los bienes que le hacía.

Pero Concepción aún no creía cumplido por entero su deber. Y revolvía cuanto había que revolver para conseguir nuevas exigencias que su alma demandaba.

Así, como concesión especial, obtuvo la desventurada joven, cuyo único amado iba a morir, autorización para asistir al hombre querido en sus últimos momentos...

Y allí, ya en capilla el condenado, Concepción le prodigó los más delicados consuelos, de la que tan rica era su alma.

Como contraste trágico, al mismo tiempo que el verdugo reclamó la cabeza de Felipe de Hornos, don Luis de Zúñiga recordaba a Concepción que debía cumplir su promesa, su juramento de casarse con él.

Si Concepción no hubiese estado enajenada por el dolor, quién sabe lo que habría dicho a don Luis. Como sufría tanto, solamente le miró, un instante, con fijeza turbadora.

X

Y llegó la hora en que Felipe debía ser ejecutado. La sombra tétrica de la muerte comenzó a rondar en torno a Concepción que, de tanto que sufría, ya no se daba cuenta. Llegó un momento en que los tormentos y las torturas son tan grandes que parece no se notan.

La joven, con una serenidad heroica, acompañó al amado hasta el patíbulo. Y en aquel angustioso momento, cuando el verdugo levantó su espada para dejarla caer sobre el cuello desnudo del noble flamenco, que esperaba la muerte sin el menor asomo de debilidad, con un heroísmo tan alto como era su nobleza; cuando ya las cabezas de las gentes más sensibles se habían vuelto hacia otra dirección para no ver el horrendo espectáculo; cuando en te-

das las gargantas estaba preparado el grito de espanto que estallaría al ser cortada la cabeza del condenado; cuando todos los ánimos estaban en suspenso, en espera del fatal desenlace de aquella cruenta tragedia, llegó una orden de España, por la cual se interesaba que el gobernador de los Países Bajos Españoles, don Fernando Álvarez de Toledo, se reintegrara a la corte de Felipe II, donde, según la orden, sus altas dotes de gobernante enérgico y sus talentos militares eran necesarios para más grandes empresas y para hazañas de más empuje que las que en los Países Bajos pudieran desarrollarse.

Al cesar el gobernador, naturalmente, la ejecución de Felipe de Hornos quedó suspendida. Hasta tanto que nuevas autoridades se encargaran del mando, no podía cumplirse aquella sentencia. Legalmente, tiene que haber una responsabilidad de los actos de la justicia, la cual la asume por entero el gobernante principal. En aquel momento, no había este gobernante, luego no podía ejecutarse al condenado. Habiendo cesado el gobernador, mientras no se hubiese nombrado al que hubiera de sustituirlo, Felipe de Hornos no podía morir.

En todos los rostros de todas las personas que rodeaban el patíbulo, pudo advertirse un gesto de satisfacción. Había nacido la esperanza de que el nuevo gobernador pudiera indultar al condenado. Especialmente entre los allegados al noble joven flamenco, reinó, de súbito, una especie de alegría gozosa. No creían que, después de haber hecho pasar a Felipe por el trance de los momentos horribles que preceden a la muerte, volvieran otra vez, cuando hubiera nuevo gobernador, a suble al patíbulo. Por muy grande que hubiera sido su crimen, y sabido es que no había cometido ninguno,

tal castigo no era concebible. Ya que la casualidad le había salvado la vida, se contaba con que nadie se atrevería, más tarde, a quitársela del mismo modo que ahora estuvo a punto de perderla.

No se engañaron los que pensaban así. Fue encargado, por otra orden, en aquellos mismos momentos, del gobierno de los Países Bajos, don Luis de Zúñiga, y este español, cuyo ser íntimo encerraba grandes caudales de nobleza y de bondad, inauguró su mando con un hábil, al propio tiempo que bondadoso y noble, acto de clemencia: perdonó a Felipe de Hornos.

Todos los españoles aplaudieron sin regateos este acto. Pero más lo aplaudieron, con ovaciones delirantes y aclamaciones entusiastas y frenéticas, los flamencos. Todo el pueblo flamenco, en efecto, le ovacionó con delirio.

Así, lo que había empezado en tragedia, acabó en fiesta. Lo que había de proporcionar a los habitantes de la ciudad un día triste, que dejaría luto en sus almas para mucho tiempo, terminó por proporcionarles una alegría ruidosa y gozosa, un contento delirante y entusiasta, una satisfacción extraordinaria y sin límites.

Jamás español alguno había sido festejado con frases tan cariñosas por el pueblo sometido. El procurador tenía razón. Se domina mejor a un pueblo con el cariño que con la fuerza. Ejecutando Felipe de Hornos, como antes lo había sido su padre, todos los rebeldes habrían sentido con más calor el odio, el rencor, la cólera, el deseo de conspirar y de matar, si ello era posible, a cualquier representante de las autoridades españolas. Habiéndole perdonado, en cambio, he aquí los frutos: alegría, vitores de entusiasmo, afecto hacia el que ejercía

la autoridad por su clemencia, contento ruidoso, satisfacción, aquietamiento del odio.

Don Luis de Zúñiga se conmovió profundamente ante los resultados de su primer acto. Estaba satisfecho, plenamente satisfecho de haberlo realizado. Y, a medida que observaba el buen efecto que aquello había causado, se prometía asimismo no domeñar nunca sus cualidades mejores en aras de una supuesta severidad, que por grandes que fueran sus resultados, nunca serían tan poderosos como los que daba la nobleza.

Y en aquel momento, pensó que el amor que sentía por Concepción le había obligado a hacer alguna cosa poco caballeresca: se propuso, dominando sus sentimientos hacia la joven, borrar en ella la mala impresión que su actitud hasta entonces, pudiera haber causado.

Por si no fuera bastante para obligarle a dar este paso su propia nobleza, recordó la altivez, en todos los aspectos honrosa, con que Concepción había proclamado su amor en el tribunal; las pruebas tan hondas que había dado de su amor a Felipe de Hornos, facilitándole la fuga, estando con él en capilla, acompañándole hasta el patíbulo. Dolorido de que aquellas preferencias fuesen dirigidas a otro hombre y no a él, que también amaba, y de modo muy velamente, a la joven, revalorizó la grandeza del amor de Concepción. Y tomó la decisión, no sólo de respetarlo, sino también de ayudar y contribuir a su triunfo total y pleno. Cuando se hizo, en su pensamiento, firme esta idea, advirtió que se quedaba descansado, como aquel que se quita de encima un peso insoportable. Su corazón sufría, pero su alma pasaba por un trance gozoso.

Concepción, que había presenciado el perdón de don Luis para su amado, estaba tentada de ir

a arrojarse a sus pies en actitud humilde y agradecida. Sólo el pensamiento de la promesa que tenía hecha al nuevo gobernador le impidió que llevara a cabo acto tan sentido.

Se dolía ahora, en medio de su contento porque Felipe no había de morir, del juramento que la ligaba con aquel que había perdonado al amado. Le debía agradecimiento, y lo sentía de modo muy hondo, a don Luis. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo relusar ahora el cumplimiento de lo que había jurado, sobre todo después de la noble actitud del gobernador?

En el momento en que recobraba a su amado, quizá se vería obligada a perderlo para siempre. Sufría y gozaba, sentía dolor y alegría, el tormento y el gozo ocupaban, en porciones iguales, su alma; y todo, en unos mismos instantes. Después de la terrible impresión de asistir a los preparativos de muerte del hombre que amaba, la alegría de saberlo libre de aquel trágico final, y luego, todas las impresiones contradictorias de su alegría y su gozo, por una parte, de su pena y su tristeza por otra. Unicamente por la fortaleza de su carácter pudo resistir tan intensas emociones de toda clase y de tan diverso significado.

Entretanto, don Luis de Zúñiga, decidido ya a hacer pública la decisión que, respecto a Concepción, había tomado, con igual noble gesto que antes había perdonado a Felipe, devolvió a la joven su palabra de casamiento.

Y cogiendo a Concepción y llevándola al lado de Felipe, con los dos a su lado después, como si los protegiera, se dirigió al pueblo, que aun continuaba congregado y vitoreándole, y dijo estas sentidas frases:

—¡Que la unión de estos dos corazones inicie

y consagre la reconciliación de los dos pueblos que ambos, de manera tan señalada, representan: de los dos pueblos que se han desconocido largo tiempo, pero que nosotros, todos nosotros, debemos procurar que se comprendan y se amen!

El pueblo flamenco se emocionó ante el tono de aquellas palabras, tan sentidas y tan llenas de amor y de comprensión. Y vitoreó de nuevo al gobernador, con frenesí que nacía en los corazones.

Concepción y Felipe, al fin seguros ya de su dicha, se abrazaron con vehemencia. A ambos lados, estaban don Luis y el procurador, que los miraban con gozosa alegría.

Así, gracias a la nobleza de don Luis, triunfante al fin de toda otra cualidad, alcanzaron Concepción de Plaga Serra y Felipe de Hornos la felicidad mil veces merecida por la nobleza y la lealtad de sus corazones.

FIN

Títulos de los cuadernos publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Card.—3. La agonía de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El fict.—8. Chiquillo y Chiquilla hospicianos.—9. Theodora.—10. ¡Qué tontos son los maridos!—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonaria.—13. La Duquesa Misericordia.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la vida férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Cobarde en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. Su Majestad el Americano.—21. La voluntad de un hombre.—22. Bessie.—23. Parodia de «Los tres mosqueteros».—24. Retribución.—25. Matrimonio accidental.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Bohème.—31. El gatito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vainos.—35. Las dos huérfanas.—36. Tess en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A galope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Salomé.—47. El viejo nido.—48. Una noche misteriosa.—49. Chiquilla, artista de circo.—50. Susana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terror!—53. La rosa de Flandes.

Precio de cada ejemplar, 25 cént.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

PUBLICACIONES MUNDIAL, Baró de, 15, Apartado 925, Barcelona.

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFIAS)

AGNES AIRS
 ARTHUR ROSSCOE (Patty)
 MARY ANDERSON
 ART ACORD
 ITALIA ALMIRANTE MANCINI
 FRANCESCA BERTINI
 ALICE BRADY
 EMMET BENNET
 CONSTANCE BINKY
 RICHARD BARTHELMES
 GEORGE BISCOOT
 ARMAND BERNAT
 MARGARITA CLARCK
 JANE CARMEN
 HARRY CARRY (Cayana)
 GRACE CUNARD (Lucile Howe)
 JUNE CAPEICE
 JANE COLW
 ALBERTO CAPOZZI
 MARGA CAPRI
 FRANK CASTLE
 CHARLES CHAPLIN (Charles)
 CHARLES CHAPLIN (Charlotte)
 LON CHANET
 EENA CHADWICH
 LUCY DORAIN
 BEBE DANIELS (Bibi)
 DOROTHY DALTON
 HELENA DARLY
 VIOLA DANA
 KATHERINE MAC DONALD
 WILLIAM DUNCAN
 CAROL DEMSTER
 RACHEL DAVYER
 FRIBULLA DEAN
 REGINALD DEVI
 WILLIS DOTE
 EMMA DEBNI
 WILLIAM DESMOND
 MIE DE-PON
 MAXINE ELLIOT
 MARGARITE FISHER
 FRANCIS FORD (Conde Hugo)
 WILLIAM FARNUM
 FRANKLIN FARNUM
 DOUGLAS FAIRBANKS
 GERALDINA FAREAE

PAULINA FREDEBIEUE
 ELIONOR FAIR
 ELAIE FERGUSON
 ALBO B. FRANCIS
 MAUDE GEORGE
 JACQUELINE GODEON
 EDUARDO (Hood) GIBSON
 CLARA HORTON
 LILLIAN HALL
 CAROL HOLLOWAY
 BESSIE HAYAKAWA
 WALTER HILMS
 HELEN HOLMES
 WILLIAM H. HART
 CHARLES HUPKINSON
 WANDA HAWLEY
 CAROL HUGES
 JACK HODGE
 EDITH JOHNSON
 ALICE JOYCE
 LEATHUR JOY
 ROMUALD JOURE
 MARIA JACOBINI
 MADGE KENNEY
 BUSTER KEATON (Pamplina)
 DORIS KENYON
 MOLLIE KING
 JAMES KIRKWOOD
 ELLER KASSAT
 NORMAN KERRY
 DIANA KERRER
 NATALIA KOWANOW
 CLARA KIMBALL
 LOISE LOVHLY
 BEET LITELL
 ELMO K. LINCOLN
 BESSIE LOVE
 DOUGLAS MAC LEAN
 VICTORIA LEFANTO
 MITCHELL LEWIS
 HAROLD LLOYD (H)
 MARGARET LIVINGSTONE
 LUISA LORRAINE
 ANNA LITTLE
 LAURA LA-PLANTE
 MAX LINDER
 MAE MURRAY
 BLANCH MONTEL

MACISTE
 GINETE MADDIE
 THOMAS MEIGHAM
 ANTONIO MORRINO
 LYA MABA
 JACK MUGHAL
 TOM MOORE
 E. MATTIE
 TOM MIX
 STEPHEN MARON
 GASTON MITCHELL
 WAR MARSH
 MARY MILES MINTER
 MARGARET MARSH
 SANDRA WITONATOFF
 CHARLES MACK
 FRANK MAYO
 POLA NEGRI
 ALLA NAZIMOVA
 BRUCE NAVAARRE
 MARCEL NORMAND
 ANA Q. NILSON
 SENA OWEN
 MARIA OSBORNE
 LIVIO PAVANELL
 DORIS PAWN
 ELLER PERCY
 JACK PICKFORD
 EDDIE POLO
 HARRY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREVOST
 JEAN PAGE
 KENNY PORTER

PRINCE (Salustiano)
 ROUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE REID
 CAMILO DE RISO
 HERBERT RAWLINSON
 RUTH BOLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZI RITGEWAY
 MARCELLE BOLLET
 M. RINSON
 PATSI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SERENA
 LARRY SEMON
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWART
 CLARISE BELWYNE
 MADLAINE TRAVERSE
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE FERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA VALLI
 ROLOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro Postal a Publicaciones Mundial.-Apartado 925, Barcelona.



TIP. COSTA.-BARCELONA

Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del huecograbado. — Precio, 20 céntimos.

CINE POPULAR no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

CINE POPULAR reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundial»,
Barbará, 15. Apartado Correos 925. Barcelona